



Miguel Ángel Castro

“La novela liberal del XIX. Galdós y Altamirano”

p. 237-258

México y España

Estudios comparados sobre cultura liberal, siglos XIX y XX

Pablo Mora, Manuel Suárez Cortina y Evelia Trejo Estrada
(edición)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación
de Humanidades, Instituto de Investigaciones Históricas,
Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Universidad
de Cantabria

2021

324 p.

ISBN 978-607-30-4448-6 (UNAM)

ISBN 978-84-17888-29-9 (Universidad de Cantabria)

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de abril de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/756/mexico_espana.html

D. R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Miguel Ángel Castro*

LA NOVELA LIBERAL DEL XIX. GALDÓS Y ALTAMIRANO

Oh, señor, yo soy lo que el clero llama un hereje, un impío, un “sansculotte”; pero yo aquí digo a usted, en presencia de Dios, que respeto las verdaderas virtudes cristianas, como jamás las ha respetado fanático o sayón reaccionario alguno. Así, venero a la religión de Jesucristo como usted la práctica, es decir, como Él la enseñó, y no como la practican en todas partes.

Ignacio Manuel Altamirano. *La Navidad en las montañas*

Motivaciones

Las reflexiones que presento en este ensayo surgieron, en un principio y hace algunos años, tanto de mi gusto e interés por *Nazarín* de Benito Pérez Galdós (1843-1920), como por haber conocido el libro del investigador estadounidense John H. Sinnigen sobre la recepción de las obras del novelista en México, editado en 2005 por la UNAM, que me condujo a revisar la serie de artículos críticos que Hilarión Frías y Soto (1831-1905) publicó en el periódico *El Siglo Diez y Nueve*, entre 1895 y 1896 sobre *Nazarín* y *Halma*, obras del escritor canario que el periodista queretano pudo leer tan pronto salieron de la imprenta en España, pues en el México porfiriano Galdós ya gozaba de fama, de suerte que los libreros y editores las adquirirían para distribuir las con prontitud. Entre 1874 y 1899, asegura Sinnigen, fueron publicadas 23 novelas de Galdós en México, la primera serie de los *Episodios nacionales* y dos dramas. Los periódicos *La Iberia*, *El Siglo Diez y Nueve*, *La Patria*, *El Nacional* y *El Universal* siguieron la fórmula del folletín y las entregas coleccionables para ponerlas al alcance de sus lectores. Además, las primeras ediciones españolas de las novelas de Galdós no tardaban en llegar a las librerías más importantes del país.

* Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas.



La adaptación cinematográfica de *Nazarín* que hizo Luis Buñuel en 1959 en México y la de otras obras galdosianas como *Adulterio* y *La loca de la casa* (Juan Bustillo Oro, 1940), *Doña Perfecta* (Alejandro Galindo, 1950) y *Misericordia* (Zacarías Gómez Urquiza, 1952) confirman la aceptación del imaginario del escritor canario para recrear y comprender la vida y preocupaciones sociales de los mexicanos, tal como lo advirtieron contemporáneos suyos de este lado del Atlántico, como Hilarión Frías y Soto.

Este crítico mexicano, un liberal convencido de la misión nacionalista de la literatura, escribió una serie de artículos que, firmados con el seudónimo de El Portero del Liceo Hidalgo, se ocupan de *Nazarín* y *Halma*. Estos textos no sólo nos permiten observar algunos aspectos del desarrollo de la cultura liberal en el cambio de siglo, sino que confirman la influencia que las novelas realistas españolas tuvieron en la ciudad letrada de México a finales del siglo XIX.

Me interesaba, por tanto, identificar la visión liberal, así la del novelista como la del crítico, sobre la religión y su función social, a partir del análisis de la conducta de Nazarín, el personaje central de la novela de Galdós, un sacerdote fanático que se enfrenta con la materialidad del mundo moderno. La apropiación que hacen los lectores mexicanos de las historias que narra el escritor español se inscribe en el sistema de una producción escrita exitosa porque proceden de obras que, además de obtener ganancias para el autor, los editores y los librerías, atienden las preocupaciones intelectuales y los intereses que en ese momento tiene un conjunto complejo de lectores y receptores. Las creaciones literarias, tanto la ficción como la crítica, se inscriben de un modo o de otro en la cultura liberal y la difunden, simultánea y rápidamente, gracias al alcance de los medios en los cuales circulan en Europa y América.

Ahora bien, al replantear la orientación del presente volumen de nuestro grupo de investigación para tratar temas más generales y compararlos sobre lo que puede considerarse el siglo liberal en España y en México, juzgué oportuno abordar, como antecedente de la lectura y apropiación del *Nazarín* de Galdós, *La Navidad en las montañas* de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), con el fin de observar al sacerdote rebelde del primero frente al cura liberal del segundo, uno de los protagonistas de la novela del liberal guerrerense.

Lo anterior, porque además de tratar el tema de los clérigos, nos permite reconocer la importancia que tuvo la novela en el siglo XIX para el discurso liberal, pues se trata de dos autores que promovieron las ideas progresistas en sus obras y ejercieron una influencia notable en la cultura literaria de sus respectivos países. Ambos reflexionaron sobre la situación de la novela como género en ascenso al mediar la centuria; las *Observaciones sobre la novela contemporánea en España* que Galdós publicó en 1870 y su discurso de ingreso a la Academia de 1897, “La sociedad presente como materia novelable”, tienen coincidencias

notables con las “Revistas literarias de México” que Altamirano escribió entre el 30 de julio y el 4 de agosto de 1868 para el periódico *La Iberia*.

La novela según Pérez Galdós

Gustavo Correa considera en su análisis de las *Observaciones* y el discurso académico de Pérez Galdós que, si bien no constituyen una teoría de la novela, contienen algunas de sus ideas fundamentales. En efecto, don Benito defiende el realismo, que asocia a “la creación de una novela nacional de caracteres, basada en la pura observación, la cual había de sustituir a la novela convencional que venía prevaleciendo en España a impulsos de influencias extranjeras”. El escritor denunciaba la proliferación de novelas traducidas al español, “notables sólo por los colorines de sus lujosas cubiertas”, acusaba a los editores que las reproducían y optaban por obras medianas, de bajo costo, por lo cual era natural que la Real Academia las desdeñara. Observa que ese mercado crece porque el escritor, que requiere naturalmente de sustento, opta por atender la demanda de los lectores ávidos de historias de amor, con jorobados románticos y meretrices con aureola. Los novelistas no se interesan por escribir obras que no les van a pagar. Además, el afrancesamiento ha contribuido a la búsqueda de lo extraordinario en la vida, al cultivo de lo que Galdós llama “novela de impresiones y de movimiento”, la cual ha prosperado por medio del folletín: “La entrega, que, bajo el punto de vista económico es una maravilla, es cosa terrible para el arte”. Sin embargo, rectifica y considera que el problema no es el sistema de publicación sino el que haya servido de medio de propagación de lo malo y “darle una extraordinaria circulación con la rapidez y la ubicuidad del periódico”. Cabe recordar que él mismo publicará por entregas un buen número de sus novelas porque descubre que es una forma en la cual el libro entra a los hogares “hoja por hoja” y por ser, de ese modo, “accesible a las fortunas más modestas”; el asunto era hacer obras de mayor mérito.

Por otra parte, Pérez Galdós atribuye a la inclinación romántica y al lirismo el que se haya extraviado la capacidad de observación del genio español, aquella que tuvieron Cervantes y Velázquez: “Somos unos soñadores –afirma Galdós– que no sabemos descender de las regiones del más sublime extravío, y en la literatura como en política, nos vamos por esas naves montados en nuestros hipogrifos, como si no estuviéramos en el siglo XIX y en un rincón de esta vieja Europa, que ya se va aficionando mucho a la realidad”. Le parece que las letras y, en particular, la novela, no han progresado por las continuas crisis que han traído un “decaimiento del espíritu nacional”, porque “la novela es un producto legítimo de la paz, contrario de la literatura heroica y patrioterica, no se cría sino en los periodos de serenidad [...]”.

Para Pérez Galdós, la sociedad misma aporta los elementos que requiere la novela moderna, la novela realista, en la que “respire y se agite todo el cuerpo



social”. Y en el corazón de ese cuerpo gravita la olvidada clase media: “Ella es hoy la base del orden social: ella asume por su iniciativa y por su inteligencia la soberanía de las naciones y en ella está el hombre del siglo XIX con sus virtudes y sus vicios, su noble e insaciable aspiración, su afán de reformas, su actividad pasmosa”.

Observa, en tal sentido, que ha quedado atrás el mundo de Ramón de Mesonero Romanos, que todo es nuevo, Madrid se ha transformado y las costumbres y los tipos requieren nuevos estudios al natural, sin adornos ni deformaciones. La vida cotidiana presenta graves turbaciones y dramas verdaderos. La familia es el centro de conflictos de la clase media urbana: “Descuella –advierde el novelista– en primer lugar, el problema religioso, que perturba los hogares y ofrece contradicciones que asustan; porque mientras en una parte la falta de creencias afloja o rompe los lazos morales y civiles que forman la familia, en otras produce los mismos efectos el fanatismo y las costumbres devotas”. Éstas y otras preocupaciones como las pasiones humanas y la moral pública, los vicios y las enfermedades, la educación y la ignorancia, las diferencias sociales y las políticas de los gobiernos son graves cuestiones que un novelista no puede resolver pero que, si desea que su obra trascienda, debe estudiar porque tiene “la misión de reflejar esa turbación honda, esta lucha incesante de principios y hechos que constituyen el maravilloso drama de la vida actual”.

Gustavo Correa explica que en el discurso de ingreso a la Real Academia, leído veintisiete años después de la publicación de sus *Observaciones*, Pérez Galdós reflexiona sobre el papel de la sociedad en la novela como autor supremo, y en la paradoja del escritor (y del artista) que, como simple intermediario, “refracta la imagen que el pueblo ha producido de sí mismo”. Otro aspecto que muestra la evolución de las ideas del novelista es la “humanización de los caracteres”, pues se pierden los “tipos” y se gana en la individualidad de los personajes. Concluye Correa: “Al proclamar que el nuevo orden social traía como consecuencia la destrucción de los tipos genéricos del arte, la novela moderna tenía que decidirse por el análisis desnudo de los caracteres individuales con sus singularidades propias y sus más íntimos sentimientos y pasiones”. De esta manera, la novela es para Pérez Galdós, ya como escritor reconocido, el género integrador que se ocupa de todo lo que atañe al hombre, como individuo y como ser social.

La novela según Altamirano

Los escritores mexicanos liberales, complacidos con la restauración de la República, consideraron que estaban dadas las condiciones para que la literatura, la suya por lo menos, alcanzara su autonomía. El credo, como lo sigue confirmando la crítica académica, lo escribió y difundió Ignacio Manuel Altamirano. Bastaba con ocuparse de lo propio mexicano: el paisaje y la historia nacional.

El vaso contenedor no tenía por qué alejarse de las formas clásicas grecolatinas ni de los modelos españoles del siglo de oro y del neoclasicismo ni de las grandes obras alemanas, inglesas y francesas. El espíritu ilustrado y romántico aportaba el tono y la intención que reivindicaría las prácticas culturales de los nuevos ciudadanos: las que correspondían a patriotas bien educados.

En la revisión de la *Novela histórica mexicana, 1826-1910* que hizo J. Lloyd Read, integra en un capítulo la producción que tuvo lugar entre la Reforma y el Porfiriato, que identifica como asentamiento del realismo, y advierte la forma en que el conflicto entre liberales y conservadores influyó en el género narrativo de mayor aliento o de muchas páginas. Para dar una idea de la crisis que significó el periodo de la Reforma, el historiador cita las *Reflexiones sobre la naturaleza y origen de los males y trastornos que han producido la decadencia en México* que Jesús Agras publicó en Guadalajara, en 1864, y en donde lamenta que en México la sociedad esté sumamente atrasada, que desde la Independencia la gente viva “una mentida civilización, los odios, las venganzas, las miserias, las pasiones todas, en fin, de una reunión monstruosa sin leyes eficaces, sin autoridad verdadera, sin obediencia, sin moralidad pública y sin amor procomunal”. No existían las condiciones para el mejor desarrollo literario, Juan Díaz Covarrubias le escribe a Luis G. Ortiz: “Tal vez habrá muchos que digan que sólo un niño o un loco es el que piensa escribir en México en esta época aciaga de desmoronamiento social, y pretende ser leído a la luz rojiza del incendio y el estruendo de los cañones”. Lloyd reconoce el liderazgo que ejerció Ignacio Ramírez en Altamirano y, en general, en el grupo de liberales que se sumaron al proyecto político de Benito Juárez. Entre los narradores interesados en la ficción histórica tras el triunfo de la República, además de resaltar el papel de Altamirano, identifica a Eligio Ancona, Juan A. Mateos, Vicente Riva Palacio, Enrique de Olavarría y Ferrari e Ireneo Paz. Justo es mencionar a Justo Sierra O’Reilly, que los antecede en el afán de novelar el pasado, y porque sus novelas *El filibustero* (1841), *Un año en el Hospital de San Lázaro* (1845-1846) y *La hija del judío* (1848-1849), como advierte Ernesto de la Torre Villar (“Minorías religiosas en la novela mexicana del siglo XIX”) son “frutos excelentes no sólo de la novela de folletín, sino de la novela del siglo XIX”. Ralph E. Warner considera que pocos narradores románticos pueden competir con Sierra O’Reilly en el manejo del suspenso para mantener el interés de los lectores. En particular, nos interesa *La hija del judío* porque además de ser reconocida como la mejor de las tres citadas, entre los personajes centrales de la historia figuran dos sacerdotes jesuitas, el prepósito de San Javier y el padre Noriega. Ambos defienden con inteligencia a la pareja amenazada por las autoridades corruptas y el Santo Oficio, los jóvenes enamorados María de Monsreal y Luis de Zubiaur. Sierra O’Reilly reconoce la labor de los jesuitas pues él mismo recibió una



educación progresista cuando estudió en San Ildefonso, y reconocía que antes de ser expulsados, por lo menos en Yucatán, lo cual asume De la Torre Villar, “hicieron mucho bien, difundiendo las luces entre la gente ignorante de aquellos tiempos”.

En la antología de Ignacio Manuel Altamirano que Vicente Quirarte editó en 1999 bajo el sello de Cal y Arena, afirma que “Para los liberales victoriosos, la historia de México comenzaba propiamente a la mitad de 1867”, y añade que, como lo observó también José Joaquín Blanco, “la idea era tan romántica como irrealizable”. No podía cambiar las cosas de un día a otro; le parecía que “los tiempos anteriores a la Reforma debían denominarse los tiempos antiguos, cuando todo era retroceso, fanatismo e intolerancia”.

En efecto, tras haber dejado las armas Altamirano vuelve al campo de las letras y reflexiona sobre la misión del escritor, y como liberal entusiasmado, encuentra que el género literario más adecuado para ingresar a la modernidad y el progreso es la novela. La literatura patriótica quedaba atrás y, en todo caso, estaban los discursos para darle cabida. Narrar los sucesos históricos, describir el paisaje y mostrar las conductas ejemplares es hacer literatura nacional. Se trata del género más popular y, por tanto, más cultivado del siglo. La novela ha servido y servirá para diseminar ideas y conocimientos entre las masas.

La novela –advierte el Maestro– hoy no es solamente un estúpido cuento, forjado por una imaginación desordenada que no respeta límites en sus creaciones, con el solo objeto de proporcionar recreo y solaz a los espíritus ociosos, como las absurdas leyendas caballerescas a que vino a dar fin el famosísimo libro de Cervantes. No: la novela hoy ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario.

Altamirano apoya sus juicios en una síntesis de la novela europea, americana y, desde luego, mexicana. Convencido de que las letras deben dar a conocer la historia, las virtudes y los defectos de la población, la riqueza del territorio y sus problemas porque es la encomienda que les asigna la patria, y porque la guerra de intervención atrajo la atención del mundo civilizado, al cual el novelista y el letrado tienen que decirle: “Así somos en México”. Por eso recomienda sustituir la lectura de novelas extranjeras, en particular las francesas, pues introducen giros y voces que afectan el idioma, tal como se lamentaban Pérez Galdós y otros críticos españoles. Además, era el momento de despertar mayor

interés por los episodios nuestros que por historias de Europa y temas ajenos al pueblo; alejarse de amores de duquesas, condesas, reinas y demás cuentos descabellados.

Para Altamirano, como advierte Carlos Monsiváis, “narrar es diseminar ejemplos”; sus novelas, pocas en comparación con las del escritor canario, *Clemencia*, *El Zarco* y *La Navidad en las montañas* (puede considerarse también en este conjunto el texto narrativo breve “El maestro de escuela”, como veremos más adelante) “son o quieren ser fábulas o parábolas morales, derivaciones de la idea magisterial de la literatura, el sitio de encuentro entre una sensibilidad y una enseñanza. Leer es elegir conductas lícitas y apropiadas”.

La cuestión religiosa

La cultura liberal en México se desarrolló sobre la base de un muy complejo conjunto de acontecimientos políticos, económicos, tecnológicos o científicos, bélicos y sociales desde mediados del siglo XVIII. Una lista apresurada: la llegada de los Borbones a la Corona española; la influencia de la Ilustración europea y de la Revolución francesa; la declaración de Independencia de Estados Unidos; la invasión napoleónica a la Península y la crisis española; la revolución de la Independencia de México, el Imperio de Iturbide, los conflictos de los primeros constituyentes de 1824, de los reformadores de 1833 y de la separación de Texas; la guerra con los Estados Unidos y la derrota que cambió la geografía del país, las divisiones provocadas por los gobiernos de Santa Anna, la Revolución de Ayutla, el triunfo de la Reforma y la guerra civil que se desató para impedirla; y para rematar, una intervención extranjera y el fugaz Imperio de Maximiliano. Ese cuadro de inestabilidad contribuyó a dar forma al liberalismo mexicano del siglo XIX, plasmado en la Constitución de 1857 y en las leyes de la República Restaurada.

Entre las acciones más urgentes que emprende el gobierno de Benito Juárez al restablecerse la República, ocupa sitio preferente la educación. Como advierte Carlos Monsiváis en *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*, “se ansía poner en práctica todo lo soñado y pensado”. Se promueve el nacionalismo como forma de arraigar sentimientos e ideas. Las imágenes se multiplican en la prensa y en la poesía. La historia y la educación se vinculan con la literatura para apropiarse del terreno. Gabino Barreda plantea en la Ley Orgánica de Instrucción: “difundir la ilustración en el pueblo es el medio más seguro y eficaz de moralizarlo y de establecer de una manera sólida la libertad y el respeto a la Constitución y a las leyes”.

Manuel Suárez (“Federalismo, religión y política en el siglo XIX: España y México en perspectiva comparada”) sintetiza el proceso: “El Plan de Ayutla, primero, la Constitución de 1857, después, y las Leyes de Reforma, finalmente,



abordaron los retos del nuevo orden político bajo las premisas de un anticlericalismo que acabó separando la Iglesia del Estado y abrió una fase de laicismo que se prolongó de diversas maneras hasta finales del siglo XIX”, y confirma: “En el republicanismo español de medio siglo, al igual que en el mexicano, cohabitaron católicos liberales, defensores de un laicismo suave con aquéllos otros que, desde postulados filosóficos o científicos materialistas o positivistas, deseaban una fuerte secularización de la sociedad”.

Durante las crisis sociales, los escritores que publican en la prensa hacen política literaria o literatura política, de un modo u otro y con diversas intensidades. A lo largo de la década posterior a la restauración de la República, la discusión sobre la cuestión religiosa se agudizó en los principales periódicos de la capital. Lilia Vieyra revisa el tema de la identidad nacional en *El Siglo Diez y Nueve*, *El Monitor Republicano*, *La Iberia* y *La Colonia Española* y observa que los dos primeros, periódicos fundados por los editores mexicanos liberales Ignacio Cumplido y Vicente García Torres, si bien reconocían como progresista el mestizaje de la nación mexicana, pedían distanciarse de lo español y sobre todo de las instituciones católicas, cuya influencia era para sus colaboradores un estorbo para el desarrollo social y político de la nación. Los segundos, dirigidos por españoles que llegaron a radicar en el país, Anselmo de la Portilla y Adolfo Llanos y Alcaraz, respectivamente, opinaban que tanto la cultura hispana como la religión católica habían permitido que México y otras naciones del continente ingresaran a la civilización occidental. El patriotismo de los liberales y su proyecto político consideraba como funesta a la dominación española y recibían con verdadera o fingida desconfianza lo que procedía de la Península. El patriotismo de los segundos, empresarios que compartían la idea de progreso y modernidad, buscaban convencer de los beneficios del hispanismo y la religión católica, y ganar la aceptación de los ciudadanos. Y para tal propósito unos y otros se sirvieron de la novela. Tal es el caso de la publicación de los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós, que *La Iberia* comenzó a publicar como folletín el 16 de septiembre de 1874. De la Portilla logró, tiempo después, que *El Siglo Diez y Nueve* (“Pérez Galdós”, 15 de marzo de 1879) reconociera la obra del novelista como un “monumento pintoresco levantado a las glorias modernas de España; y en que se deleita la imaginación y se interesa el espíritu viendo representar en la escena a personajes que conocemos por la historia [...]”.

La cuestión religiosa es uno de los problemas más complejos con los que ha lidiado el liberalismo y, según lo considera Evelia Trejo (“Tiempos de crisis en historias y relatos, 1885-1902”), un asunto central de los “tiempos de crisis”, que, en su caso, la condujo a revisar pasajes de obras y relatos históricos de cuatro autores, los españoles Francisco Pi y Margal y Benito Pérez Galdós, y los mexicanos José María Vigil y Victoriano Salado Álvarez, para mostrar y comparar

algunas coincidencias y divergencias sobre la relación entre la Iglesia y el Estado. Los conflictos que en México tuvieron lugar durante la Reforma colocan en un lugar central el papel de los religiosos. Por tanto, y en cierto modo, nos apegamos a la línea del ensayo de Evelia Trejo, en el cual cita un párrafo de Vigil, que retomamos en seguida, porque revela la influencia que tenían los sacerdotes en la sociedad y permite comprender que Altamirano y Galdós los hagan personajes centrales de las novelas que comentamos en este trabajo. Vigil refiere que durante los primeros meses del gobierno de Ignacio Comonfort que impulsaba las restricciones al poder eclesiástico, la reacción fue inmediata:

Los púlpitos se habían convertido en tribunas públicas, desde donde se lanzaban furiosas invectivas contra el partido liberal [...] presentándole como un enemigo feroz de la Iglesia y sus ministros. Los periódicos conservadores [...] repetían en diversos tonos aquellas acusaciones; escribían largos artículos para probar la divinidad de la religión católica, ponían en circulación toda clase de rumores, por absurdos que fueran, con tal de que contribuyesen al objeto que se habían propuesto: desprestigiar a las autoridades, detener la corriente reformista que apenas se había iniciado [...].

Uno de los levantamientos más importantes ocurrió en Puebla, encabezado por un cura. Sucesos y episodios semejantes condujeron a Ignacio Manuel Altamirano a plantearse cuál debía ser el papel de los sacerdotes católicos en una sociedad en la cual la libertad de cultos era signo de modernidad e ilustración, y en la cual la Iglesia no debía interferir más en los asuntos políticos y económicos del país.

La libertad de conciencia y el pluralismo religioso tampoco eran asuntos menos controvertidos en la España del siglo XIX, explica Eamonn Rodgers, quien advierte (“Liberalismo y religión en Galdós”) que “cualquier disentimiento en materia de creencias podía interpretarse no sólo como moralmente subversivo sino también como un acto antipatriótico. Pero, a pesar de la retórica esgrimida por la iglesia católica [...] hay muy pocos datos que permitan suponer la existencia de un esfuerzo sistemático por parte de los gobiernos liberales por obstaculizar a la iglesia en su tarea de predicar su mensaje y organizar el culto”. Añade Rodgers que, conforme avanzaba el último tercio del siglo XIX, la legislación que reglamentaba la tolerancia religiosa tendía a proteger por igual a la Iglesia católica de los ataques anticlericales, y la libertad religiosa de las confesiones no-católicas. En síntesis, Rodgers considera que la dificultad estribaba en que los gobiernos procuraban crear un sistema político en el cual el individuo pertenecería a la nación en calidad de ciudadano, con independencia de su confesión religiosa. Esto no satisfacía a las autoridades eclesiásticas, para quienes la exigencia de la unidad religiosa correspondía a imperativos más altos, a



los que la lealtad al Estado tenía que supeditarse siempre. Esta pretensión era incompatible con las actitudes de las que llama *fuerzas vivas* de la nación, las clases profesionales y emprendedoras, porque al concebir la libertad en términos esencialmente individuales, éstas se oponían resueltamente a cualquier restricción de las libertades intelectuales. Estos grupos sociales reivindicaban la libre elección individual en asuntos de conciencia, preconizaban el pluralismo religioso, procuraban reconciliar la fe con la idea de progreso, respetaban la convicción interna y exigían que la profesión religiosa estuviera apoyada por una conducta intachablemente ética. Rodgers concluye así al hallar sobre la postura anticlerical del novelista:

Por lo que se refiere a Galdós, huelga decir que gozaba de la fama de escéptico. Su crítica despiadada del fanatismo religioso se refleja en sus artículos en *La Nación* en los años sesenta, en las novelas polémicas de los años setenta, como *Doña Perfecta*, [diría yo que en *Nazarín* y *Halma* también en 1895] [...]. Sin embargo, como la mayor parte de sus contemporáneos liberales, a lo que mayormente se oponía Galdós era a las maniobras políticas de los intereses clericales de derecha. En ningún escrito de Galdós encontramos nada que permita achacarle una mentalidad materialista, ni que sugiera la pretensión de excluir los aspectos positivos de la religión de influir sobre el tono moral de la sociedad. Los ataques de Galdós contra la corrupción, la ostentación y la pérdida de la verdadera fe son resultado de su rigorismo moral y su respeto por los valores espirituales genuinos.

La Navidad en las montañas

Altamirano despliega una intensa actividad al triunfo de la República. Entre 1867 y 1869 un pequeño grupo logra atraer la atención de la clase letrada para organizar unas reuniones en las cuales comienzan a sentarse las bases de una concordia que la sociedad anhelaba. Ocurren las famosas veladas literarias, una serie de doce convivios que tuvieron lugar entre noviembre de 1867 y abril del año siguiente. La Sociedad Nezahualcóyotl festejó ese 1868 un primer aniversario de trabajos, lo que indica la buena marcha de esa sociabilidad ya que buena parte de los desvelados eran socios de esa agrupación. Altamirano escribe en ese mismo año las *Revistas literarias de México*, que no es un mero recuento de publicaciones periódicas, sino una versión crítica de historia de la literatura mexicana conocida hasta entonces, de la emancipación hasta el momento en que la escribe. En ellas despliega un amplio conocimiento de autores y obras que sorprende, y que hoy es un material imprescindible para los estudios literarios de aquellos años. “Nuestra revista, pobre como es, y desnuda de todo mérito, servirá de acta del primer movimiento literario en los años que sucedieron a la invasión francesa, y será útil al observador para medir el progreso de nuestros trabajos futuros”, asegura el Maestro. (La edición de las *Revistas*

que hizo Victoriano Agüeros en 1899, nos informa José Luis Martínez [Altamirano, *Obras completas*, t. XII, *Escritos de literatura y arte I*], fue la que se conoció durante mucho tiempo, dada la rareza de las tres ediciones de 1868, y añade que lo lamentable es que Agüeros modificó el texto en diversas partes, suprimió tanto pasajes y juicios críticos como alusiones a Voltaire y Víctor Hugo, a la Inquisición y a la reacción). Lo que siguió en 1869 fue la publicación de *El Renacimiento*, acaso la revista liberal más reconocida de las letras del siglo XIX.

En 1870 Altamirano se multiplica en ocupaciones: fiscal de la Suprema Corte de Justicia, vicepresidente del Conservatorio Dramático y miembro de notables sociedades y “juntas” que por entonces se reactivan. Al año siguiente participa en la fundación de *El Federalista* (dirigido en un principio por Manuel Payno y más tarde por Alfredo Bابلot), diario liberal que apoyará el gobierno de Sebastián Lerdo), y en el cual publica “El maestro de escuela” y “La escuela modelo” en febrero de 1871. En el primero refiere una visita que hizo en 1863 a un pueblo de indígenas cuando se dirigía, en calidad de diputado, a San Luis Potosí. En el capítulo “Lo que son los curas de pueblo” muestra los abusos y el poder que tiene el cura, al cual se han sometido el alcalde y la población, haciendo imposible que el maestro lleve a cabo su misión. Los privilegios que ostenta el clérigo ofenden la pobreza de los indígenas, Altamirano describe el curato, “la mejor casa del pueblo”, y con detalles revela la inmoralidad del sacerdote que se apresura a ocultar unas “bonitas novelas” de Paul de Kock, a sacar el cognac y el jerez, y a mantener a unas mujeres a su servicio en condiciones claramente ventajosas; incluso llega a deslizar la posibilidad de que una de ellas sea madre de un hijo del cura. En la forma de comer se evidencia la injusticia: “Se sabe en México y en todos los países católicos, lo que es una comida de cura. Suculentos asados de carnero y de gallina, estofados, chiles rellenos, pescados de río, magníficas legumbres, ensaladas, queso olorosísimo, y en cuanto a frutas, más de las que tomamos en México en diciembre; jícamas, plátanos, naranjas, chirimoyas, higos y nueces”. Altamirano compara el patriotismo de los curas con el de los nuevos maestros de pueblo. El maestro, que fue invitado a la cena que el cura ofrece al diputado, se mantiene acurrucado en un rincón con los ojos tristes porque su familia desfallece pues no ha recibido su paga en meses. Al final, quedan los tres y conversan sobre la situación del país, el diputado enfurece ante las expresiones antipatrióticas del clérigo: “Ya no pude seguir escuchando con calma, y después de decir al cura que esos prelados eran unos traidores infames, y que aquella manera de hablar no parecía digna de un mexicano, manifesté al cura que había contenido mi cólera al estar oyéndole, pero que sentía agotada mi paciencia y que me retiraba sintiendo sólo el haber estado algunos instantes en compañía de un hombre sin patriotismo y sin



virtudes”. Más adelante conversa con el maestro que le cuenta su lamentable situación y cómo se siente derrotado por el poder que mantiene el cura sobre el pueblo. “De este modo –le dice– no espere usted que la invasión sea rechazada aquí, ni que la patria cuente con ninguno de los feligreses fanatizados por el cura. Pero yo, me declaro a usted que soy patriota exaltado, yo, que a pesar de mi miseria deseo tomar un fusil y batirme con el invasor [...]”. Altamirano lamenta que la República, después de tres años de haber sido restaurada, no haya logrado mejoras importantes; en consecuencia, desarrolla algunas ideas sobre la escuela modelo en un artículo publicado una semana después.

Unos meses más tarde, Altamirano hace un retrato del cura ejemplar, del cura liberal, en *La Navidad*. Acaso nuevas experiencias lo llevan a moderar su posición política y literaria de suerte que decide modificar su estrategia crítica sobre la religión y los curas; o quizás la lectura de novelas que aparecen por esos meses, tal como puede deducirse de los artículos que con el título de “Bosques” publica en *El Federalista* ese mismo año de 1871, y en particular en el que revela su entusiasmo por la *María* de Jorge Isaacs, que juzga como “obra maestra” del realismo. Lo cierto es que Altamirano acepta la invitación de los editores de un *Álbum de Navidad*, al parecer motivados por Francisco Sosa y Luis G. Ortiz, y se lo conduce a cambiar de tono y adoptar la forma del ejemplo o la alegoría. En lugar de exhibir la conducta de un cura abusivo, atado a las formas del pasado, muestra el comportamiento de un sacerdote progresista y liberal de los nuevos tiempos. Lo convence la explicación que los editores del *Álbum* ofrecen en la “Introducción”: ellos se proponen retomar la costumbre de los “fundadores de la literatura nacional” (los integrantes de la Academia de Letrán, autores de los “viejos” *Año nuevo*, *El Presente amistoso* y *El Aguinaldo*), de publicar páginas con bellos artículos y hermosas poesías que dan el adiós al año que termina y la bienvenida al que comienza. Ante el evidente “renacimiento literario” y el aumento de la afición por la lectura, consideran oportuno “ofrecer al sexo hermoso un presente literario, en la fiesta universal de Navidad”, como se hacía antes. El *Álbum de Navidad* sale de la imprenta de Ignacio Escalante y reúne poemas y narraciones de once autores que han participado en las reuniones y proyectos del grupo altamirano. Los colaboradores del *Álbum de Navidad* conocían la literatura europea enfocada en lo popular de la tradición navideña, difundida por Hoffman y Dickens. Altamirano aprovecha entonces la oportunidad para relatar una “historia personal” que, de acuerdo con Óscar Mata (*La novela corta mexicana en el siglo XIX*), será la primera novela breve mexicana plenamente lograda. Y, en efecto, ya con el título de *La Navidad en las montañas*, se convirtió en una de las obras preferidas de su autor, al punto que la editó en varias ocasiones. Así lo considera también José Luis Martínez (Altamirano, *Cuentos y novelas*, Conaculta, 2013) ya que

combina en ella, en armonioso contrapunto, las armas y la religión con un delicado episodio sentimental, cuyo marco es el fértil y colorido paisaje de nuestras montañas tropicales [...], Altamirano parece haberse propuesto mostrar, en aquellos días en que aún estaba enconada la lucha entre liberales y conservadores, el punto en que podían conciliarse ambas doctrinas. Para un espíritu como el de Altamirano, cuya preocupación constante había sido el logro de este entendimiento, indispensable para la integración orgánica de nuestra cultura, el abrazo cordial que el soldado liberal de su novela da al sacerdote de la aldea –que ha logrado hacer realidades los principios por los que aquél había peleado– no puede ser sino una alegoría, cuya lección permanece aún válida, de aquella unidad nacional que fue una de las mayores empresas de su vida de maestro.

Evodio Escalante (“La lectura ideológica de dos novelas de Altamirano”) considera que más que una novela o relato realista, *La Navidad en las montañas* es una especie de “ensoñación idílica”, ya que todo ocurre en un lugar que no existe, una utopía de la conciliación liberal con la religión católica:

Un poblado rural, perdido en las cumbres de una montaña, a donde no llegan los rejuergos del conflicto social. En el tiempo del relato, en efecto, México se encuentra hundido en los avatares de la guerra civil, una guerra intestina entre conservadores y liberales que no tiene trazas de terminar; pero este ajeteo sangriento ha quedado atrás, no en el tiempo, sino en el espacio. El ascenso a la montaña es también el ascenso a una tierra de armonía, que se mantiene al margen del conflicto. Abajo, la sangre, la persecución fratricida; arriba, la concordia, la permanencia de las instituciones tradicionales, la sana unión con la Naturaleza. No es la de un Altamirano una utopía radical, sino más bien, si lo podemos decir así, una utopía de alcance medio. No trasciende el sistema social, no propone un tipo de organización que rompa con los esquemas conocidos. La suya es una utopía conciliadora. El sueño de un soldado republicano, que huye del asedio para salvar su vida, y que encuentra en ese pueblecito perdido, a donde se refugia, el estado de la conciliación ideal.

La Nochebuena es el tiempo más a propósito para confirmar la tesis del escritor que busca reformar las costumbres sin renunciar a su espíritu. La historia es breve, un capitán y su ordenanza llegan por casualidad a un pueblo perdido en la sierra un 24 de diciembre. El oficial republicano, *alter ego* del autor, es recibido por el cura español, ordenado bajo el nombre de fray José de San Gregorio, y observa y refiere las actividades vespertinas de la población que se preparan con gran animación para celebrar la Nochebuena. Toma nota de los tradicionales villancicos que cantan niños y mayores; asiste a la solemne misa de gallo y disfruta la cena de Navidad en casa del alcalde, “abundante y sana”. En la sobremesa el maestro a cargo de la escuela le cuenta cómo en la



Navidad de tres años antes, el cura lo salvó de ser linchado por la población enardecida por otro cura, antiliberal, fanático y enemigo de la Reforma, muy diferente a su anfitrión. Conoce después el capitán a una pareja de indígenas mayores respetada por todo el pueblo y cuyo primogénito ya estudia en un colegio con lo que abrigan una esperanza para aliviar sus aflicciones. El episodio que culmina la Nochebuena en la montaña corresponde a una historia romántica que tiene final feliz en presencia del visitante: Carmen y Pablo, jóvenes que sufren lo suficiente para comprobar que el amor que sienten es verdadero y honesto, atraen la atención del pueblo que estaba al tanto de sus penas y, por tanto, celebra su reconciliación.

Jacqueline Covo (“Les idées d’Altamirano dans *La Navidad en las montañas*”) observa que Altamirano confirma en *La Navidad* la misión que a su juicio tiene la novela al abordar problemas vinculados con lo económico y lo político con un afán reformador que sugiere soluciones y, como *El monedero* de Nicolás Pizarro, traza un hilo romántico para señalar la importancia de la educación, la religión y el progreso material. Buscan las mejoras sociales y le asignan tareas al gobierno y a los ciudadanos y para eso recurren al evangelio, sobre todo en lo que toca a la economía y el bien común, porque hay que atacar la miseria y ser mejores personas. Para ellos lo que importa es la religión y la secularización y no la iglesia. Tanto Pizarro como Altamirano confieren a los sacerdotes el papel de reformadores por la autoridad que tienen en las comunidades a nivel de la conciencia. María del Carmen Millán (“Dos utopías”) así lo observa: “El camino más corto era ese, puesto que las ideas de fraternidad humana y de caridad tienen su fuente en el Evangelio cuya ley santa es la del trabajo y la hermandad”.

Carlos Illades (*Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*) también considera que la novela le sirve a su autor para plantear una sociedad ideal concebida como una utopía que tiene, por un lado, los principios liberales como marco legal de la República y, por otro, la religión como vínculo de cohesión social. El objetivo es formar ciudadanos trabajadores y virtuosos. *La Navidad en las montañas* es, por tanto, una novela social en la medida que trata problemas económicos y políticos; es una narrativa que sugiere soluciones liberales y, justamente, por ese interés o intención, es también una novela romántica porque predica una ideal distribución de la riqueza, porque cree en la caridad y en el espíritu solidario del ser humano, porque el amor (y el respeto) al prójimo es la verdadera semilla de la civilización.

El modelo de un buen cura, concluye Anayté Pérez (*La semilla de la concordia. El catolicismo liberal de Ignacio Manuel Altamirano en La Navidad en las montañas textos y otros*), el de un sacerdote ejemplar que no abusa del pueblo y que comprende la esencia del cristianismo, se repite por entonces en novelas,

cuentos y poemas para mostrar ejemplos de la posibilidad de traer el reino de Dios a este mundo, o cuando menos, para dar esperanzas de conciliación social. Por ejemplo, *El Vicario de aldea* de Enrique Zschokke; *El judío errante* de Eugène Sue; *Los miserables* de Víctor Hugo; *El monedero* de Nicolás Pizarro Suárez, y *Nazarín* de Benito Pérez Galdós.

Altamirano se emociona con ese anhelo de aspiración y reforma, de modo que imagina a unas autoridades que conviven en perfecta armonía: el maestro, el cura y el alcalde. El buen cura que critica los abusos de las órdenes religiosas, que lamenta la ausencia de “heroicos misioneros” y que rechaza el fanatismo y la idolatría:

Esa aglomeración de altares de malísimo gusto, sobrecargados de ídolos, casi siempre deformes, que una piedad ignorante adora con el nombre de santos, y cuyo culto no es, en verdad, el menor de los obstáculos para la práctica del verdadero cristianismo [...] está tan arraigada esta idolatría que había acabado por desalentarme, pensando que la religión de Jesús no era más que la cubierta falaz de este culto, cuyo mantenimiento consume los mejores productos del trabajo de las clases pobres, que impide la llegada de la civilización y que requiere todos los esfuerzos de un gobierno ilustrado para ser destruido profundamente.

Se trata de un cura ilustrado que decidió llevar la palabra de Dios y el progreso a todos los hombres pobres y sufridos, que buscaba ayudar a comunidades lejanas. Por ello emprendió el viaje a un pueblo en medio de las montañas que vivía en un “estado muy semejante a la idolatría y a la barbarie”. Es un misionero ejemplar que proporciona conocimientos a los habitantes para que mejoren su vida y les da instrucción sobre métodos de trabajo más eficientes, como usar el molino de trigo en lugar del metate; es un hombre que confía en la educación y coopera con el maestro de escuela; y reconoce a la autoridad del alcalde para introducir mejoras en la vida política y económica del conglomerado. Los pobladores aceptan las reformas y, al descubrir que es un sacerdote que no abusa de su buena fe, lo consideran más próximo a ellos, es el “hermano cura” y no el cura autoritario, es el que enseña la verdad del evangelio. Así lo explica:

La religión, señor capitán. La religión me ha servido de mucho para hacer todo esto. Sin mi carácter religioso quizá no hubiera sido escuchado ni comprendido. Verdad es que yo no he propuesto todas estas reformas en nombre de Dios, ni fingiéndome inspirado por él: mi dignidad se opone a esta superchería; pero evidentemente mi carácter de sacerdote y de cura daba una autoridad a mis palabras que los montañeses no habrían encontrado en la boca de una persona de otra clase [...] el Evangelio no es sólo “buena nueva” bajo el sentido de la conciencia religiosa y moral, sino también desde el punto de vista del bienestar social.



Altamirano pretende, según Gabriel Zaid, edificar un “hombre nuevo”, hacer una nueva “alianza” entre la Iglesia y el Estado, la religión en su versión más auténtica en la vida cotidiana: “deseaba la paz a los hombres de buena voluntad sin importar sus preferencias políticas o religiosas”. En la nueva nación mexicana está presente además la sabiduría de los pueblos indígenas, representados por los ancianos más respetados entre los habitantes, el tío Francisco y la tía Juana, que colaboran con el cura para introducir los principios religiosos y las ideas de progreso e industria. De acuerdo con Carlos Monsiváis, la solución que Altamirano concibe es simple: “un cristianismo sin dogma y sin institucionalidad, apoyado en la instrucción universal”.

Nazarín

Benito Pérez Galdós publica *Nazarín* en 1895, cuando ya es un autor reconocido dentro y fuera de España. Ha terminado la segunda serie de sus *Episodios nacionales*, el ciclo de las llamadas novelas de tesis (1870-1879), entre las que destacan *Doña Perfecta*, *Marianela* y *La familia de León Roch*, el primer conjunto de las novelas españolas contemporáneas (1881-1889) donde figuran *La desheredada*, *Fortunata y Jacinta* y *Realidad*, y tiene en proceso el segundo conjunto de novelas españolas contemporáneas conocidas como espirituales (1891-1905), en el que se encuentran *Tristana*, *La loca de la casa*, *Misericordia* y *Halma*.

Nazarín es la historia de un sacerdote conocido con ese apelativo (resultado de su nombre Nazario Zaharín o Zajarín y que remite al “Nazareno”, Jesús de Nazaret). En su afán de imitar la vida de Jesucristo en el materialista fin del siglo XIX, se topa con una realidad que, naturalmente, lo desconoce pero que, en el ámbito de la lectura, parece apreciar y valorar, tal como se admiraría a un Quijote moderno, en la medida que sostiene hasta el sufrimiento ideales y principios cristianos.

El padre Nazario elige seguir las doctrinas de los evangelios a tal punto que, por renunciar a toda clase de bienes, se deja robar y maltratar por quienes le rodean hasta que logra convencer a algunos de su santidad. Conocemos a Nazarín como resultado de un reportaje sobre los bajos fondos de Madrid, donde el narrador descubre al singular huésped de una vecindad que regentea la dominante, pero simpática y de buen corazón, tía Chanfaina, la cual se compadece del indefenso sacerdote y lo tolera hasta que se ve atrapado en un gran lío por defender a una mujerzuela, la Andara, de modo que se ve obligado a salir de la ciudad acompañado de la causa de su desgracia y tener una serie de adversidades. Los encuentros de Nazarín son un medio que le permiten al novelista exponer los razonamientos cristianos que revelan el alejamiento de los principios centrales de la religión. El extremo del ascetismo del padre sorprende al reportero

que lo considera persona ilustre y le pregunta por libros que hubiera tenido. A Nazarín le parece que no sirven para mayor cosa:

Nada quiero con libros ni con periódicos. Todo lo que sé, bien sabido lo tengo y en mis convicciones hay una firmeza inquebrantable; como que son sentimientos que tienen su raíz en la conciencia, y en la razón la flor, y el fruto de la conducta. ¿Les parezco pedante? Pues no digo más. Sólo añado que los libros son para mí lo mismo que los adoquines de las calles o el polvo de los caminos. Y cuando paso por las librerías y veo tanto papel impreso, doblado y cosido, y por las calles tal lluvia de periódicos un día y otro, me da pena de los pobrecitos que se queman las cejas escribiendo cosas tan inútiles, y más pena todavía de la engañada Humanidad que diariamente se impone la obligación de leerlas.

La voluntaria indefensión de Nazarín lo hace un vagabundo pues no lo admiten las iglesias y deja de celebrar misas y administrar los sacramentos. Armado de la fe, sale a los caminos y la suerte o el infortunio, según se quiera ver, lo lleva a visitar a una niña desahuciada a la cual toca en la frente, y como la enferma recupera la salud milagrosamente, las mujeres y vecinos del lugar lo toman por un santo. Beatriz, tía de la niña, se convierte así en nueva seguidora de Nazarín, el cual, a partir de ese momento, contará con dos discípulas. Más tarde, Nazarín es confundido por el señor Pedro de Belmonte con un patriarca armenio que, al parecer, recorre Europa para recolectar limosnas. El industrioso señor le da hospedaje y la charla que sostiene es un nuevo pretexto del autor para confrontar nuevamente ideas sobre las virtudes y la riqueza. El trío de cristianos llega a otros pueblos en los que la viruela se ha extendido, ayudan a los enfermos y a los pobladores a enterrar a sus muertos. Tan pronto ganaban dinero y comida, como los perdían. Andara y Beatriz eran reprendidas por el cura para que no guardasen rencor a quienes además los ofendían y maltrataban. En el bajo mundo los tenían por depravados, como se lo advierte el enano Ujo a Andara, a la que desea, por lo cual, otro personaje de esa ralea, el Pinto, un amante de Beatriz, los amenaza con matarlos. De esta manera, las correrías llegan a su fin cuando son aprendidos por la Guardia Civil. Tiene lugar otra interesante conversación entre el alcalde y Nazarín para contraponer los beneficios del progreso a las necesidades espirituales:

–Pero venga usted acá –prosiguió el alcalde, que comprendía o adivinaba el poder dialéctico de su contrario y quiso batirse en regla, apelando a los argumentos que recordaba de sus vanas y superficiales lecturas, –¿cómo me va usted a convencer de que eso es posible? ... ¡A mí, que vivo en este siglo del vapor, del teléfono eléctrico y de la Imprenta, ¡esa palanca...!, de las libertades públicas y particulares, en este siglo del progreso, ¡esa corriente!, en este siglo en el que la ilustración nos ha



emancipado de todo el fanatismo de la antigüedad! Pues eso que usted dice y hace, ¿qué es más que fanatismo? Yo no critico la religión en sí, ni me opongo a que admitamos la Santísima Trinidad, aunque ni los primeros matemáticos la comprenden; yo respeto las creencias de nuestros mayores, la misa, las procesiones, los bautizos y entierros con honras, etcétera... voy más allá le concedo a usted que *haiga...*, quiero decir, que haya almas del Purgatorio [...].

Finalmente, Beatriz queda en libertad y Nazarín va a dar a la cárcel de Navalcarnero, cerca de Madrid, donde tiene lugar una escena patética que recuerda, de alguna manera, la pasión de Cristo. Nazarín es apresado junto con un parricida y un ladrón sacrilego, a los que les dirige un sermón que no impide que lo insulten y golpeen. El triste sacerdote sale de una prisión a otra, y entre los delirios provocados por la fiebre, se siente abandonado y solo.

Resulta interesante descubrir algunas claves de la interpretación de *Nazarín* que hace un escritor liberal como Hilarión Frías y Soto como parte del análisis del impacto o apropiación de la novela que tuvo lugar en México.

El libro de John H. Sinnigen, que informa sobre la recepción de Galdós en México, recoge los trece artículos que *El Portero del Liceo Hidalgo* escribió entre 1894 y 1896 sobre *La loca de la casa*, *Nazarín* y *Halma*. De acuerdo con el historiador estadounidense, como “gran admirador de la obra galdosiana, Frías y Soto dedica la mayor parte de estos cuatro artículos a resumir el texto y a reproducir extensos diálogos”. La admiración de Frías y Soto por Galdós se funda, en parte, en su conexión liberal, que le permitía afirmaciones tales como: “Pérez Galdós, el terrible censor de los defectos de la raza española”; “terrible enemigo del fanatismo español es el señor Pérez Galdós, y hábil se muestra cuando pone esos sermones contra las riquezas terrenales en boca de un clero que acapara cuantos bienes puede [...]”. El crítico prefería al novelista por encima del autor teatral porque para él Galdós no era un dramaturgo, sino un psicólogo.

Lo moderno del novelista español que atraía la atención y el interés del crítico mexicano radicaba también en las escenas de sus historias, que ocurren en “lo más abyecto de la sociedad”, y en que sus personajes viven y se mueven en “un aire impuro y malsano, en la malearía de la corrupción, de la miseria y del vicio, y en un suelo infecto y fangoso, donde sólo brotan los hongos del crimen y la degradación moral”.

Lo que lee con simpatía el liberal mexicano, que por momentos se siente traicionado por el anticlerical autor de *Doña Perfecta*, es la insistencia en la enseñanza cristiana de la pobreza: “Ahorrome describir tan repugnante abnegación y sólo la consigno para señalarla a los católicos de la plutocracia y al clero moderno que vive en la molicie vistiendo sedas, portando brillantes, comiendo en

banquetes espléndidos lo más refinado del arte culinario y brindando con champagne frapé por las ricas damas donantes y por los potentados de la tierra”.

Pérez Galdós se vale de Nazarín para argumentar en favor de la religión, como lo ha estudiado Eamonn Rodgers y observa que, como hombre de su tiempo, el novelista admitía las ventajas de la modernidad pero confesaba su espiritualidad:

La religión favorecida por los liberales consistía en su mayor parte de sentimientos elevados e inquietudes éticas. Era la contrapartida espiritual de la política de coexistencia pacífica, y de la filosofía optimista del progreso y de la perfección moral de la humanidad [...]. Pero el rigorismo y la lucidez moral de la visión de Galdós, junto con el escepticismo que profesó toda la vida hacia ideas de progreso basadas en estructuras políticas o sociales, sugieren que comprendía a fondo el desafío radical que las enseñanzas cristianas, correctamente entendidas, presentan a cualquier sistema convencional de valores.

Conclusiones

La mayor parte de liberales del siglo XIX eran católicos y, como advierte Manuel Suárez, su fe no les impedía buscar la secularización del Estado. De hecho, afirma el historiador, para muchos de ellos,

el proyecto liberal federal mexicano era la expresión del mismo programa de Cristo en la tierra. Una versión secularizada de la idea de progreso que arrancaba de la misma experiencia de Jesús y el Evangelio. Más allá de las ideas religiosas que pudieran tener Pizarro, Prieto o Altamirano, la idea de que la herencia de Jesús se correspondía con los principios del Partido Liberal y no con la posición de la Iglesia Católica fue recogida frecuentemente en sus intervenciones y escritos.

Altamirano y Pérez Galdós nos presentan a dos sacerdotes que viven, cada uno a su manera, la versión del evangelio que predica la humildad, la pobreza, el amor al prójimo y la necesidad espiritual del ser humano.

El mexicano recurre a un modelo de cura de aldea que consigue establecer los principios de la fe en armonía con las necesidades sociales y económicas que redundan en una política del bien común. Una utopía como la había concebido también en 1866 Luis G. Inclán en un Bajío imaginario en su novela *Astucia*.

El español, experimentado en los bajos fondos madrileños, retrata a un cura de aspecto mozárabe que da ejemplo conmovedor de santidad capaz de perturbar a las buenas conciencias.

No es casualidad que los curas y los sacerdotes sean personajes centrales en estas y muchas otras novelas porque en ellos residía un poder considerable, necesario para impulsar las reformas jurídicas y políticas con el fin de tener una sociedad más justa y favorecer a una nación en desarrollo.



La novela es un género literario que sirvió a ambos liberales de vehículo o medio para poner a consideración de la opinión pública sus ideas acerca de la religión católica.

El Partido Liberal –escribió Altamirano– es el verdadero observador del Evangelio, tal como lo predicó Jesús, y no tal como lo enseña un sacerdote lleno de ambición y de siniestras miras. Los que creen que el progreso está reñido con el cristianismo tienen ojos, como decía Cristo, y no ven, tienen oídos y no oyen, porque la democracia es la emanación más pura y más legítima de aquella que elevó a dogma la fraternidad humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Ignacio Manuel. *La Navidad en las montañas*, edición de José Luis Martínez, prólogo de Gabriel Zaid, semblanza de José Emilio Pacheco (Colección Clásicos Cristianos). México: Editorial Jus, 1998.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *Clemencia y La Navidad en las montañas*. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal (Colección de Escritores Mexicanos). México: Editorial Porrúa, 1995.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *Para leer la patria diamantina. Una antología general*. Selección y estudio preliminar de Edith Negrín, ensayos críticos de Manuel Sol, Rafael Olea Franco, Luzelena Gutiérrez Velasco, cronología Nicole Girón (Biblioteca Americana. Serie Viajes al Siglo XIX). México: Fondo de Cultura Económica / Fundación de las Letras Mexicanas / Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Altamirano, Ignacio Manuel. Selección y prólogo de Vicente Quirarte (Los Imprescindibles). México: Ediciones Cal y Arena, 1999.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *Obras completas. Volumen XII. Escritos de literatura y arte. Tomo 1*, selección y notas de José Luis Martínez. México: Secretaría de Educación Pública, 1988.
- Botrel, Jean François. “Galdós, ¿escritor nacional? (En torno al homenaje de 1914)” en *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. España, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977.
- Cortina, Manuel Suárez; Evelia Trejo Estrada y Aurora Cano Andaluz (editores). *Cuestión religiosa. España y México en la época liberal*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Instituto de Investigaciones Históricas-Dirección General de Asuntos del Personal Académico / PubliCan-Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2012.
- Covo, Jacqueline. “Les idées d’ Altamirano dans *La Navidad en las montañas*”. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, núm. 19, 1972, pp: 157-165 (<http://www.jstor.org/stable/i40038143>).

- Hale, Charles. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. Traducción de Purificación Jiménez. México: Editorial Vuelta, 1991.
- Illades, Carlos. *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano* (Sello Bermejo). México: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2005.
- Monsiváis, Carlos. *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*. México: Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000.
- Pérez Galdós, Benito. *Nazarín* (cuarta edición). Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Pérez Galdós, Benito. *Novelas y misceláneas. Novelas: Ángel Guerra, Tristana, La loca de la casa, Nazarín, Halma, Misericordia, El abuelo, Casandra, El caballero encantado, La razón de la sin razón. Miscelánea: Memoranda, Guía espiritual de España (Madrid), Crónica de Madrid, Toledo (su historia y su leyenda), Viajes y fantasías, Memorias de un desmemoriado*. Introducciones de Federico Carlos Sáinz de Robles. Madrid: Aguilar, 1970.
- Rodgers, Eamonn. "Liberalismo y religión en Galdós". *Analecta Malacitana*, revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga, vol. XIX, núm. 1, 1996, pp. 121-130 (<http://www.anmal.uma.es/numero2/Rogerds.htm>).
- Sinnigen, John H. *Benito Pérez Galdós en la prensa mexicana de su tiempo*, colaboradora Lilia Vieyra, edición de Miguel Ángel Castro. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Centro de Enseñanza para Extranjeros, 2005.
- Sol, Manuel. "La Navidad en las montañas o la utopía de la hermandad entre liberales y conservadores". *La palabra y el hombre*, revista de la Universidad Veracruzana, núm. 110, abril-junio 1999, pp. 73-83.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS